La carta de Pablo a los Gálatas

Narrado,
explicado,
para hoy.

GOOD NEWS

La carta de Pablo a los Gálatas

Narrado, explicado, para hoy.

Hans-Jörg Ronsdorf

Solo si el Hijo los hace libres, son verdaderamente libres.

Juan 8:36

Descripción del libro

La carta a los Gálatas se reformula con palabras propias, es decir, se reproduce de forma explicativa. La cantidad de texto corresponde aproximadamente al triple de la extensión del texto bíblico original en una traducción clásica de la Biblia.

1.ª edición (alemana): abril de 2020

© Hans-Jörg Ronsdorf – todos los derechos reservados.

Albis 6 ½

87477 Sulzberg

hj-ronsdorf@t-online.de

www.hans-joerg-ronsdorf.de

ISBN de la edición alemana: 978-3-9820715-3-4

Diseño de la portada: Tobias Stricker

Antes de empezar

Usted tiene en sus manos una **versión explicativa** de la carta de Pablo a los Gálatas. Como autor me pongo en el lugar del que la escribió e intento poner por escrito sus pensamientos de forma explicativa y, por tanto, más extensa. Mi texto es unas tres veces más largo que el texto original. Dicho de otro modo: si yo le explicara a alguien esta carta, o cada versículo, de forma breve y concisa, sería exactamente lo que usted va a leer aquí.

Espero que así comprenda mejor el mensaje de la carta y encuentre la conexión con su propia vida. Porque de eso se trata. Mi texto no es Palabra de Dios, muy al contrario de la carta original de Pablo. Esa puede leerla usted mismo en una Biblia, o en paralelo a mi texto.

Por eso, en este punto, tengo un ruego para usted – antes de que lea la introducción: **Tome una Biblia y lea allí primero esta carta completa.** Es útil leer en voz alta. Aunque no entienda algo, siga leyendo. Así se formará una primera impresión o refrescará su memoria. Ya verá: Gálatas – quizá la primera y más antigua carta de Pablo – es una carta muy hermosa. Toca las cuerdas más profundas del evangelio y las hace sonar plenamente. **Es una carta que no habla solo a los cristianos, sino también a judíos y musulmanes. En el diálogo interreligioso ayuda a mostrar qué es el evangelio y en qué se distingue de todas las demás religiones.**

¿Qué había pasado?

La mayoría de las cartas del Nuevo Testamento tienen un motivo. Así también aquí.

Póngase por un momento en el lugar del apóstol y misionero Pablo. Junto con su colaborador ha cruzado a pie, por caminos difíciles, los montes Tauro y va de camino por las montañas de Anatolia (Turquía). Completamente agotado, se encuentra allí con personas de la región de Galacia, a las que anuncia a Cristo, que murió por ellas en la cruz. Estas personas – a diferencia de Pablo – no son judías. Posiblemente conocen a los judíos y también sus usos y costumbres. Ellas mismas adoran a diversos ídolos y no conocen al único Dios verdadero. El mensaje del evangelio llega al corazón de estas personas, y ellas llegan a la conversión, al arrepentimiento y a una fe viva en Jesucristo. Esta fe está viva, se hace visible en una vida nueva en la comunión de todos los discípulos.

Algún tiempo después ocurrió lo siguiente: Pablo hace ya mucho que ha seguido su viaje. Entonces llegaron a estos cristianos unos maestros judeocristianos (**judaizantes**) y exigieron: Si de verdad quieren pertenecer al pueblo de Dios, si quieren ser hijos de Abraham y herederos de su promesa, entonces solo les falta **circuncidarse** (prácticamente hacerse judíos). La circuncisión era la señal del pacto, obligatoria desde Abraham para todo israelita, para pertenecer a este pacto con sus bendiciones y también sus obligaciones.

¿Qué enseñaban estos maestros judeocristianos (judaizantes)?

Estos judíos cristianos no rechazaban a Cristo. Pero sí a Pablo y **su evangelio**. Tampoco enseñaban que uno es justificado delante de Dios por buenas obras de la ley. Enseñaban que **solo por la circuncisión se pertenece de verdad al pueblo de Dios**.

También el trato social entre unos y otros (es decir, entre judíos y cristianos de entre las naciones) sería más sencillo. Los judíos no comían en la misma mesa con las naciones, es decir, con los incircuncisos. Aunque eso no era un mandamiento mosaico, sino un mandamiento añadido, humano, judaizante.

Estos judaizantes no podían ni querían entender que con la llegada de Cristo había terminado la era de la ley mosaica. Pensaban que Dios obraba únicamente por medio de la nación judía para difundir las promesas de Abraham. El argumento de Pablo, en cambio, es: **En el plan de salvación de Dios la ley ya ha cumplido su propósito**, y por eso es un error guardarla. Y exigir a las naciones que la acepten. Es un error creer que Dios sigue obrando de manera nacionalista, es decir, por medio de Israel. El pueblo de Dios se compone ahora de personas de todas las naciones.

Por al menos tres razones condena Pablo a los judaizantes y su doctrina: (1) No entendían la **plena suficiencia y la universalidad de la obra de redención de Cristo**. (2) No entendían que Cristo y el Espíritu superaban con creces la ley mosaica y su carácter nacional. (3) Y no reconocieron que Dios da el Espíritu Santo a todos los creyentes (judíos y naciones). Lo cual tiene como consecuencia que los cristianos no tienen que dejarse guiar por la ley. En su lugar tienen el Espíritu, que los guía de una manera que corresponde a la ley moral (por ejemplo, a los Diez Mandamientos, sin el mandamiento del sábado). Y que también la cumple – pero sin tenerla como meta. **La guía del Espíritu no lleva de vuelta a la ley de Moisés, sino a una vida en la que la ley de Cristo y el Espíritu de Dios se convierten en la regla de vida de la nueva creación.**

Una oración judía de la mañana muestra cómo se veían a sí mismos (algunos) judíos:

Bendito seas tú, Eterno, Dios nuestro, Rey del mundo, que **no** me creaste gentil. Bendito seas tú, Eterno, Dios nuestro, Rey del mundo, que **no** me creaste esclavo. Bendito seas tú, Eterno, Dios nuestro, Rey del mundo, que **no** me creaste mujer.

Eso es orgullo nacional; eso es estatus social y discriminación por sexo. Contra eso Pablo actúa de forma radical, como se puede aprender en esta carta.

¿Qué saca tanto de quicio a Pablo?

En ninguna otra carta es Pablo tan radical al refutar y condenar a estos maestros judaizantes de la ley. **Los gálatas no se daban cuenta de que la verdad y la singularidad del evangelio se iban por la borda.** Querían quedarse con Cristo, pero se les hizo creer que también necesitaban a Moisés y la circuncisión. Entonces serían de verdad hijos de Abraham y pertenecerían al pueblo escogido de Dios.

Al decidirse los gálatas por **Jesús más Moisés**, los judaizantes destruyen la necesidad misma de Cristo. Pablo lo deja claro: «Si por la ley se pudiera alcanzar la justicia, entonces Cristo murió en vano» (2:21), y: «Si se dejan circuncidar, Cristo no les servirá de nada» (5:2). Respecto a la negación del poder de Dios en el Espíritu, Pablo dice: «Si se dejan guiar por el Espíritu, no están bajo la ley» (5:18). Esto significa que quienes se deciden por el Espíritu no necesitan su ley; quienes se deciden por Jesús no eligen a Moisés. No se pueden tener las dos cosas. El mensaje de Pablo no admite concesiones: **Solo Cristo**.

¿Qué clase de ley condena Pablo?

Cuando se trata de la ley mosaica, la Torá, es importante dejar claro que es santa y buena. No solo comprende los Diez Mandamientos – en total abarca los cinco libros de Moisés. Comparada con los pueblos vecinos de Israel, es única y sobresaliente en lo moral y lo ético. Hasta hoy. Incluso en nuestra Ley Fundamental alemana se reconoce su buena influencia. Pablo jamás condenaría la ley ni todo esfuerzo por cumplirla. La ley es un don maravilloso de Dios a su pueblo Israel. Pablo la guardó. Si alguien la había transgredido sin darse cuenta, el servicio de los sacrificios de la ley mosaica podía traer perdón.

Los **fariseos** habían añadido a la ley mandamientos humanos y habían intentado regular piadosamente tantos ámbitos de la vida como fuera posible – hasta el lavado de manos. Esa obligación se la impusieron a sí mismos y a la gente. Eran un grupo judío de la época de Jesús que tomaba la ley muy en serio – y deseaba lo mismo para todos los judíos. Una especie de movimiento de piedad. Pablo mismo había sido uno de ellos. Un fanático, hasta que Cristo entró en su vida. Con Jesús tenían sus problemas, porque él los veía por dentro. Denunciaba los **mandamientos humanos**. Y el descuido de los grandes mandamientos: **amar a Dios y al prójimo**. Estos mandamientos, los más importantes, se quedaban por el camino. En Mateo 23 se puede leer lo que Jesús pensaba de los fariseos y su legalismo.

El legalismo en Gálatas es aferrarse a la ley de Moisés para agradar a Dios. Pero no hay que entender por ello simplemente la insistencia en las reglas. Lo que está mal en este legalismo es **que desplaza a Cristo y al Espíritu.** Está mal porque (1) no entiende que en Cristo y por el Espíritu la ley mosaica se ha cumplido y con ello es definitivamente historia. Además está mal que (2) los judaizantes **obliguen a las naciones a ser judíos** (mediante la circuncisión). En este sentido, Pablo ataca una visión antibíblica de la ley, con sus rasgos nacionalistas, que sostienen estos judaizantes.

¿Qué son las obras de la ley?

Son conductas o medidas de los judaizantes que, por un lado, concuerdan con la ley de Moisés. Pero era un error afirmar que la obra de redención de Cristo y la guía del Espíritu eran insuficientes para la vida diaria.

Las «obras de la ley» son acciones dictadas por una ley que ahora ha sido desplazada por Cristo y el Espíritu. Las «obras de la ley» son además prácticas judías que levantan fronteras entre judíos y no judíos. La ley de Dios no se centra en fronteras sociales que separan. Más bien se podría ver en ella la voluntad de Dios revelada para todas las personas.

El legalismo hoy

La problemática de los celtas (gálatas) no se puede trasladar **1:1** a nuestro tiempo y a nuestra cultura 2000 años después. Pero hay lecciones para nosotros hoy. La pregunta es: ¿Cómo podemos vivir para la gloria de Dios? ¿No pueden ayudarnos en ello la ley mosaica o los Diez Mandamientos?

La respuesta de Gálatas es: **Cristo en nosotros** y **el Espíritu de Dios en nosotros** producen el «**fruto del Espíritu**». En nuestra vida cotidiana. Eso corresponde a la **ley de Cristo**.

En muchos cristianos se pone en marcha un mecanismo interior, de pensamientos y sentimientos, que los lleva de la gracia libre y regalada al modo del rendimiento: quieren ser más temerosos de Dios y acercarse más a él. Sienten que la actividad los edifica y les hace bien. Pero no notan el engaño de que se trata del propio rendimiento y del cumplimiento del deber, que les da una sensación de aparente santidad o espiritualidad. Pero lo tenemos y lo somos todo en Cristo – y él está en nosotros. A eso no se le puede añadir nada.

¿Cómo identificamos el legalismo? Buscamos prácticas, actitudes, exigencias, normas y opiniones teológicas **que descuidan el evangelio en sus afirmaciones centrales sobre la plena suficiencia de Cristo y de su obra de redención y sobre el lugar central del Espíritu Santo para nuestra vida diaria en comunidad.**

Esto no significa que en nuestras iglesias o comunidades simplemente busquemos reglas incómodas o normas obligatorias que no nos gustan. De hecho, las reglas pueden ser buenas para el desarrollo espiritual. El legalismo, entendido y vivido en el sentido de buenas reglas y costumbres, no es malo en sí mismo. Por eso hay que usar este término con cuidado. Porque cuando un cristiano lee la Biblia con regularidad, ora con regularidad, asiste al culto con regularidad, eso no es el legalismo de los fariseos ni de los judaizantes de Galacia. La disciplina en el reino de Dios es útil y a menudo necesaria. Pero algunas cosas son como andar por el filo de una navaja. Si hago estas cosas porque así me siento importante entre los cristianos y me sé más amado o preferido por Dios, entonces he caído en la trampa de la religiosidad. Mucho de lo bueno puede convertirse en legalismo. Como una forma exterior que no sale del corazón. No

del amor a Dios. Los buenos hábitos espirituales son parte firme de la vida cristiana y no son legalismo. Pero pueden llegar a serlo.

¿Qué lección tiene esta carta para hoy?

Nuestro seguimiento en las huellas del Señor Jesucristo se da en la **fe**. En la confianza en el Padre. Como niños que se agarran de la mano de Jesús.

A pesar de nuestra entrega, somos conscientes de nuestra **incapacidad** de hacer el bien con nuestras propias fuerzas. También y sobre todo como cristianos. Por eso no nos ponemos bajo una presión religiosa de rendimiento. No fingimos. La hipocresía es hermana del legalismo. Somos sinceros con nosotros mismos, con los demás y ante Dios, que conoce nuestros corazones. Él sabe que lo amamos. Como en su día Pedro, cuando había fallado en toda la línea, en la hora más difícil de Jesús. Pero Pedro amaba a Jesús, aunque hubo errores y fracasos. Por eso: no dejamos que el **estrés de santificación** entre en nuestra vida. Es el caldo de cultivo del orgullo o de la desesperación y del miedo a fracasar. Vivimos en la libertad y en la gracia. **Estamos aceptados para siempre con todos nuestros errores, con todas nuestras debilidades y, sí, con todos los pecados que cometemos. Porque pertenecemos a Cristo, que murió por nuestros pecados.**

Todo lo que Dios nos regala no es su respuesta a nuestra fidelidad, nuestro rendimiento o nuestra determinación. Todo lo recibimos, lo experimentamos, lo disfrutamos y lo alcanzamos – cada hijo de Dios – por la fe. Por una confianza infantil, casi ciega, en nuestro Dios. La fe mueve el corazón de Dios. Eso es lo que cuenta para él. Así le damos la gloria. Una fe que expresa: necesitamos a Jesús y al Espíritu, nada más.

Vivir en la aceptación incondicional de Dios como hijas e hijos significa libertad. En libertad nos hacemos adultos. Se hace visible buen fruto. **Cristo toma forma en nosotros.**

Ejemplos de legalismo religioso y cristiano

Siempre es interesante dar ejemplos de nuestro tiempo. Porque hay las más diversas formas de legalismo. En dosis altas o también en restos. En la vida personal y en la vida en común.

El legalismo más llamativo y más extendido lo he encontrado allí donde se intenta ganar la salvación con buenas obras. Pero la salvación no la recibimos por mérito, ni por mediación humana ni por sacramentos. La recibimos solo por medio de Cristo.

En la carta a los Gálatas se trata también de que se elige el legalismo para vivir de una manera que honre a Dios. Y como corresponde si uno quiere pertenecer al pueblo de Dios. Este tipo de legalismo encuentra en Pablo el mismo rechazo que el primero. Los ejemplos que doy pueden malinterpretarse, si uno quiere.

Ejemplo: Cuando uno apenas encuentra tiempo, o ninguno, para leer la Biblia y tener momentos de oración. Cuando el tiempo devocional a solas con Dios se suspende a menudo. Sin quererlo o por descuido. Entonces pueden surgir sentimientos de culpa. Uno se siente culpable o indigno. Se siente un fracasado. Pero eso muestra que no hemos entendido que en Cristo estamos aceptados incondicionalmente como hijos e hijas. Esta relación con el Padre se mantiene. ¡Siempre! En todo momento somos amados y aceptados al 100 %. Claro que la lectura de la Biblia y la oración son importantes. Pero la mayoría de los cristianos de los primeros siglos no tenían Biblia y, sin embargo, eran testigos eficaces de Jesús, cuya fe obraba por el amor en el poder del Espíritu Santo.

Ejemplo: Hay experiencias sobrenaturales en el Espíritu Santo como avivamientos, sanidades, milagros, arrebatamientos, hablar en lenguas y experiencias especiales de oración. Quien vive algo así, pero luego durante un tiempo nada parecido, no debe concluir que ahora es menos amado. Estas experiencias nunca demuestran que uno es más o menos amado. Si faltan, no cambia nada en nuestra relación con Dios. Aunque uno puede buscar las razones, nunca debería desesperarse por ello. **Vivimos por fe, no por vista ni por experiencias.**

Nadie puede prescribir a un cristiano vivencias o conocimientos (por ejemplo, bautismo en el Espíritu, hablar en lenguas) para ser un cristiano «completo»

o «verdadero». Nadie puede dictar cómo hay que entender y celebrar la Cena del Señor para ser un cristiano «fiel». Tampoco puede nadie prescribir normas sobre el cabello y la ropa, liturgias del culto u órdenes de asientos. Nadie puede presionar a un cristiano sobre cómo debe comportarse en relación con la política para estar separado del mundo. Dentro del marco de las instrucciones bíblicas hay una gran libertad. Toda estrechez o temor en cuanto a lo que está permitido y lo que no delata una fe legalista y débil y no corresponde a la plena madurez de los hijos e hijas de Dios.

Cuando tales cosas se convierten en motivo para negarse mutuamente la comunión, también en el partimiento del pan, eso es legalismo farisaico y judaizante. **Unos están dentro y otros están fuera.** A la vista de la unidad que la carta a los Gálatas proclama (3:28), un escándalo.

Un espíritu juzgador que condena y descalifica a otros corresponde exactamente a la actitud de los judaizantes. Ellos decían: Si estás circuncidado, perteneces y todo está bien (aunque lo demás que decía la ley diera igual). El cumplimiento de formas y liturgias humanas degenera en hipocresía ante los hombres y ante Dios, cuando eso es toda la piedad que uno vive.

Muchos enfoques son buenos, mientras no se opongan a la vida en Cristo ni a la alegría y la libertad del Espíritu, o incluso las apaguen.

El legalismo hoy apenas es ya un tema. Más bien la reacción contraria: que ya no hay nada que cumplir y que la libertad termina en un estilo de vida egoísta e individualista sin sentido de responsabilidad. Así la libertad se entiende mal y se convierte en un peligro. Pablo lo señalará en esta carta, para evitar que nos caigamos del caballo por el otro lado.

Para terminar: No, como cristianos tampoco cumplimos la ley por gratitud, como se dice a menudo. El hecho es, como muestra Romanos 8:4, que los que siguen a Cristo y son guiados por el Espíritu, como hijos adultos de Dios, cumplen de forma natural las exigencias morales de la ley. ¿Cómo podrían contradecirse la ley de Dios y la obra del Espíritu? Pero no cumplen la ley moral porque sea su norma, sino porque el Espíritu y Cristo viven en ellos. **El tiempo de la ley mosaica ha pasado para siempre. La ley de Cristo es ahora la esencia misma de una vida guiada por el Espíritu.**

La libertad de la ley no fomenta una **«gracia barata»**, a la que le da igual cómo vivamos. La libertad no es un cheque en blanco. Promueve y exige. La libertad y la gracia obligan. De forma misteriosa, el Espíritu de Dios produce en

nosotros el fruto del que nosotros mismos podemos asombrarnos con gratitud. Eso no es estar dirigidos desde fuera, sino autodeterminación en una vida nueva. Eso es Cristo en nosotros. Eso es el Espíritu de filiación, que en nosotros y desde nosotros le dice al Padre: ¡Abba, papá, Padre!

Gálatas: la Carta Magna de la libertad cristiana y del evangelio

El evangelio que Pablo recibió por revelación de Dios trae la salvación, la justificación, la absolución en Cristo para todas las personas. Y el don del Espíritu Santo como fuerza para vivir. Hechos hijos e hijas de Dios, viven en la libertad, por la fe, que se hace visible en el amor y en el fruto del Espíritu.

Se trata de cómo Cristo, por el Espíritu, transforma nuestra vida hacia una libertad responsable y una entrega de sí mismo en servicio, de tal manera que se superan las estrictas exigencias de la ley (y los añadidos humanos).

Con ello, la ley mosaica y la circuncisión y la identidad nacional de Israel como único portador de la promesa y mediador de la bendición son cosa del pasado. Todo esto ya solo es una sombra de lo que ha venido en Cristo. Nunca se pueden combinar ni mezclar las dos cosas.

Los temas de la carta y sus contrastes

Lo viejo, lo pasado, y lo nuevo, que ha venido en Cristo. Un panorama, sin orden de valoración.

Cristo	Moisés
Espíritu Santo de Dios	Ley
Espíritu Santo de Dios	Carne, naturaleza humana pecaminosa
Fe, confianza, fidelidad	Obras de la ley, hacer
Promesa, compromiso de Dios	Ley
Bendición de Dios	Maldición, consecuencias de transgredir la ley
Libertad	Esclavitud
Filiación adulta	Esclavitud; niñez bajo tutela.
Herencia	Incertidumbre
Nueva creación; vida eterna	Circuncisión/prepucio
Gracia	Ley
Unidad de la Iglesia	Nación judía exclusiva
Bautismo en agua	Circuncisión del prepucio
Justificación, absolución	Condenación
Evangelio, buena noticia	Ley
Cruz del Gólgota	Siglo malo, carne
Isaac	Ismael
Jerusalén de arriba	Jerusalén terrenal, Sinaí
Nuevo pacto	Antiguo pacto
Sara, la libre	Agar, la esclava, no libre

El cristiano en la carta a los Gálatas

Cada carta del Nuevo Testamento describe a su manera lo que Dios ha hecho de nosotros, los seres humanos, cuando nos atrajo hacia sí. Cómo fuimos colmados de dones y lo que ahora hemos llegado a ser por gracia. Es, de hecho, todo un «catálogo de salvación», que por sí solo lleva al asombro. Nadie habría pensado jamás que el Dios eterno tuviera preparado tanto para nosotros y que para ello diera incluso a su propio Hijo. Aquí están todos los textos de la carta a los Gálatas que dicen algo sobre el creyente. Dios quiere que lo creamos, que construyamos sobre ello y que lo experimentemos en nuestra vida. Se nos ha regalado **toda la riqueza de la salvación**. Ahora se trata de tomar posesión de ella de forma muy práctica en la vida diaria. Y de vivirla (y experimentarla).

- Jesús se ofreció a sí mismo por nuestros pecados (1:4).
- librados del presente siglo malo (o de la época presente) (1:4)
- libertad en Cristo Jesús (2:4; 5:1)
- justificados por la fe en Cristo (2:16-17)
- muertos para la ley (2:19)
- vivir para Dios (2:19)
- crucificados con Cristo (2:19)
- Cristo vive en el creyente (2:20)
- amados por Cristo (2:20)
- recibieron el Espíritu (3:2, 5)
- bendecidos por la fe (3:9)
- rescatados de la maldición de la ley (3:13)
- recibieron la promesa del Espíritu Santo (3:14)
- vida no por la ley, sino por la fe (3:21-22)
- hijos de Dios por la fe (3:26)
- Nos hemos revestido de Cristo (3:27).
- Estamos en Cristo (3:28; 5:6).
- Somos de Cristo (su propiedad) (3:29; 5:24).
- rescatados para la filiación (4:5-6)
- El Espíritu del Hijo está en nuestros corazones (4:6).
- Dios es nuestro querido Padre (4:6).

- herederos por medio de Dios (4:7)
- Cristo toma forma en nosotros (4:19).
- nacidos según el (del) Espíritu (4:29)
- llamados por Dios (5:8, 13)
- Actuamos por el Espíritu (5:16, 25).
- El Espíritu nos guía (5:18).
- Vivimos por el Espíritu (5:25).
- herederos del reino de Dios (5:21)
- vida eterna (en la resurrección) (6:8)
- de la familia de la fe (6:10)
- crucificados para el mundo (6:14)
- una nueva creación (6:15)

Saludo, destinatarios y bendición 1:1-4

Aquí les escribe Pablo. Un enviado de Jesucristo. Su apóstol. En comunión con su Dios y Padre, él me confió la buena noticia, **su evangelio**.

No me envió un hombre cualquiera ni un grupo de hombres. Sino el Padre, que resucitó a Jesús de entre los muertos y lo confirmó como Hijo de Dios y Mesías. Por medio de él se proclamó la era **de la gracia**. Se fundó una **nueva creación** en Cristo.

Los saludo junto con todos los hermanos que están aquí conmigo. Con ellos estoy unido en el **único evangelio**. Saludo a todas las iglesias de Galacia.

Gracia y **paz** de Dios, nuestro Padre, y de nuestro Señor Jesucristo: ¡Que él les dé cada día protección, cuidado, ayuda y bienestar, dondequiera que estén y hagan lo que hagan!

Perdón y liberación, porque Dios así lo quiere 1:4-5

A ustedes, gálatas, les escribo primero lo más importante, para que nunca olvidemos de qué se trata realmente; en qué consiste nuestra seguridad y cuál es la intención del corazón de nuestro Redentor: Él, nuestro Señor **Jesús, se entregó a sí mismo por nuestros pecados y faltas, por nuestras maldades y transgresiones.** A la muerte. Por amor incondicional. Como sacrificio voluntario y sin pecado. Solo él, el que no tenía pecado, podía cargar con el gran peso de nuestros pecados y quitarlos del mundo para siempre con su muerte en la cruz. ¡Y lo hizo! No podíamos deshacer nuestros pecados y nuestros pasos en falso – daba igual lo que hubiéramos logrado en obras de la ley y en disciplina moral o religiosa. **¡Necesitábamos al Mesías – nada más!**

Así nos salvó y nos arrancó del mundo malo. Quitando nuestros pecados, con los que estábamos atados y encadenados a este mundo. No quiso dejarnos allí donde se vive en pecado sin pensar. Esclavizados en él, sin saberlo. Nuestro Libertador nos regaló un **nuevo comienzo en su reino de amor**. Nos quería para sí. Nos liberó del mundo caído y alejado de Dios. De una cultura y una sociedad que no conocen al Dios verdadero y vivo. Así como Dios liberó en su día a Israel de Egipto, así es su voluntad también hoy salvar a todo el mundo – da igual si descendemos de los judíos o de las naciones.

¡Esa fue la voluntad de nuestro Dios y Padre! Su propósito de salvación, al que nunca renuncia y que nadie puede escudriñar. ¡Por eso a él le pertenecen la gloria y la honra de todas las maneras posibles, ahora y para siempre! Amén.

Solo hay un único evangelio 1:6-10

Estoy totalmente asombrado de que en tan poco tiempo se hayan apartado precisamente de esta gracia de Jesucristo. Algo así me parecía imposible hasta ahora. Tan inesperado como en su día Israel. A pesar de una salvación grandiosa, se apartó de su Dios en brevísimo tiempo. Simplemente lo sustituyó por un becerro de oro, mientras Moisés estaba en el monte Sinaí.

Así también ustedes: Aunque el Dios de los padres los llamó en el Mesías Jesús a su enorme gracia, ahora se han metido en un evangelio **que no es evangelio en absoluto**. Se dejan confundir por algunas personas que tuercen el **intocable evangelio de la gracia de Cristo**.

Les digo: No importa quién venga a ustedes, aunque fuera un ángel como en su día en el monte Sinaí, aunque **nosotros** volviéramos a ustedes y les anunciáramos algo distinto de lo del principio – **¡sea maldito!** No tiene parte en lo que el evangelio de Jesucristo nos regala en gracia. Se hundirán con su mensaje seductor. Que no quede nada de ellos.

Lo he dicho y lo vuelvo a decir ahora: Si alguien viene a ustedes y les anuncia otro evangelio que contradice lo que yo les anuncié y ustedes recibieron: ¡Sea maldito! A ese no le espera otra cosa que el juicio y la condenación de Dios. Porque destruyen lo mejor que Dios nos ha regalado. Llevan a las personas directamente a la perdición. **Lejos de la gracia, hacia el legalismo**.

¿Debería yo, ante semejante amenaza contra el evangelio, hablar mejor de forma menos dura, para agradar a la gente? ¡Si yo debo agradar solo a Dios! Si intentara complacer a los hombres, por ejemplo a ustedes o a esos falsos mensajeros, entonces no sería siervo de Jesucristo. ¡Jamás!

Queridos hermanos y hermanas, tienen que saber que este evangelio que yo anuncio no es cosa humana. Nada que los hombres hayan inventado o ideado. ¿Y por qué? Porque no lo aprendí ni lo recibí de ningún hombre. **Lo recibí por una revelación de Jesucristo, el Mesías.** Directamente de él en persona.

Mi historia y mi conversión: de perseguidor del Mesías a mensajero suyo 1:11-16

Seguro que han oído hablar de mi vida como judío y fariseo. Perseguí y destruí hasta el extremo la asamblea de Dios, a sus santos. No dejé nada sin hacer para atacarla y destruirla. Además, había hecho carrera en el judaísmo. Recibía mucho más reconocimiento y apoyo que los de mi edad. Mi nombre era reconocido en todas partes. Tenía fama de ser un fanático, un zelote, que tomaba las tradiciones de los padres con extrema exactitud. Costara lo que costara. Yo era un celoso como en su día el sacerdote Finees, hijo de Eleazar, que mató a la vista de todos al israelita fornicario y a la mujer madianita. Así lo cuenta Números 25.

Pero Dios me detuvo en el punto culminante de mi celo. En el camino a Damasco. También allí quería aniquilar las reuniones de los cristianos. Solo puedo explicarlo diciendo que Dios ya me tenía en la mira desde mi concepción y me destinó al servicio del evangelio. Por gracia. Totalmente inmerecido. Dios me detuvo revelando en mí a su Hijo, el Mesías. Ante mis ojos interiores. En mi corazón y en mi mente apareció de repente su Hijo, el Mesías. Estaba frente a mí, en la luz más brillante. Me habló. Sus palabras pusieron fin de un golpe a mi enemistad y a mi celo por acosar a la asamblea de Dios. **Yo debía llegar a ser exactamente lo contrario: un mensajero de su evangelio. Y precisamente para las naciones, los goyim, los pueblos, los no judíos e idólatras.**

El evangelio de Pablo no viene de Jerusalén, sino directamente del cielo, del Mesías 1:17-24

¿Qué hice después de esta experiencia tan drástica? Precisamente no hice lo que se habría hecho o esperado de forma natural. Es decir, ir a **Jerusalén**. A los apóstoles y a la iglesia primitiva, para explicarme allí y recibir instrucciones para los siguientes pasos.

Sin demora me fui de Damasco a **Arabia**. Como en otro tiempo Elías, que tras su gran victoria en el Carmelo huyó con miedo de Jezabel. Muy lejos, hasta el monte Horeb, para encontrarse allí con Dios. Yo buscaba su presencia – en el retiro y el silencio. Mi interior tenía que ser ordenado, transformado y renovado. Porque el celo enloquecido me había endurecido tanto que Dios mismo tuvo que transformarme y sanarme. El evangelio de la gloria de Cristo y el alcance de la gracia me fueron revelados allí en todos sus gloriosos detalles. ¡Encontré al Cristo como todavía no lo conocía! Las Escrituras y la Torá profetizan sobre él y dan testimonio de él. A este Cristo lo anuncié también en Arabia.

De allí volví a **Damasco**, donde Dios me había abierto los ojos y había sanado mi ceguera después del encuentro con el Mesías. Solo entonces, tres años después de mi conversión, fui por primera vez a **Jerusalén**. Quería conocer a **Pedro**, el primero de los apóstoles. Pude conocerlo durante un periodo de 15 días. Hablamos sin parar. Para entonces yo tenía miles de preguntas sobre el Mesías, al que Pedro conocía de muy cerca. No vi a ningún otro de los doce apóstoles. Pero sí vi a otro que conocía al Mesías desde hacía más tiempo que Pedro, a saber, Jacobo, su hermano. Aunque no era apóstol como los Doce, era uno de los líderes de la iglesia de discípulos de Jerusalén.

¡Todo lo que les escribo es la verdad!

Después, cuando hube dejado Jerusalén, llegué a las regiones de **Siria y Cilicia. A mi antigua tierra.**

A los escogidos de Judea, a los santos en Cristo, yo no los conocía personalmente. Mi estancia en Jerusalén fue demasiado corta. Solo habían oído esto: Nuestro antiguo perseguidor y verdugo anuncia y difunde ahora la fe en el Mesías Jesús. Esa fe que en otro tiempo quería exterminar junto con nosotros. Por

eso alababan a Dios, que había hecho en mí tal milagro de conversión y nueva creación.

La segunda vez en Jerusalén, con Pedro, Jacobo y Juan 2:1-10

Solo 14 años después subí por segunda vez a **Jerusalén**. Junto con **Bernabé**. Llevamos con nosotros al joven **Tito**, que fue para nosotros un ayudante fiel. La idea de ir a Jerusalén no fue mía. Se me reveló de lo alto que debía ir.

Allí les expuse el **evangelio** que había recibido de Cristo para anunciarlo a judíos y naciones. Lo hice sobre todo ante los de reputación, los líderes de la iglesia de Jerusalén, para que mi visita no fuera en vano.

A Tito, griego de nacimiento e incircunciso, tampoco en Jerusalén se le obligó a la **circuncisión**. Ni los apóstoles ni Jacobo.

Pero hubo quienes lo intentaron. Porque, con motivo del **concilio de los apóstoles, se habían infiltrado falsos hermanos** entre la multitud de los hermanos. Falsos hermanos que solo tenían una cosa en mente: querían espiar nuestra libertad de no circuncidarnos. Nos acechaban para averiguar si Tito estaba circuncidado, para obligarlo luego a hacerlo. Así querían ponernos, conforme a su falsa idea de la piedad, bajo el yugo y la carga de la ley.

Cuando por fin averiguaron que Tito no estaba circuncidado, lo exigieron. Lo cual era de esperar. Pero nosotros contradijimos y rechazamos su exigencia de forma tajante. Porque **se trata de la verdad, del núcleo del evangelio.** Eso es lo que defendimos. También por ustedes en Galacia. El evangelio no exige la circuncisión ni la observancia de la ley.

Los líderes reunidos, es decir, los llamados de reputación, ante quienes yo había presentado mi evangelio, no me impusieron ninguna otra exigencia. Y mucho menos que yo debiera observar y enseñar la circuncisión.

Porque reconocieron que a mí se me había confiado el evangelio para las naciones, los incircuncisos. Y precisamente de la misma manera en que Pedro fue llamado a anunciar el evangelio a los judíos, los circuncisos. Porque el mismo Dios que actuó por medio de Pedro a favor de los judíos, en Judea, actuó igualmente por medio de mí entre las naciones.

Cuando Jacobo, el hermano del Señor, y los dos apóstoles Pedro y Juan vieron la gracia que se me había dado, me dieron **la diestra en señal de comunión**. Con un apretón de manos nos confirmaron a mí y a Bernabé que el

servicio entre las naciones era nuestro llamamiento. Así como ellos sirven a los judíos. Los líderes **de Jerusalén reconocieron mi ministerio y mi apostolado**. Así que no exigieron que presionáramos a los incircuncisos para que se circuncidaran. Su única exigencia fue que no nos olvidáramos de los pobres. Nada más. Y eso, por supuesto, lo cumplimos con gusto.

Pedro con Pablo en Antioquía – romper la comunión de mesa destruye el corazón del evangelio 2:11-14

Algún tiempo después, Cefas, es decir, el apóstol **Pedro**, vino a Antioquía, donde estábamos Bernabé y yo. Allí se produjo un **escándalo**. Porque me enfrenté a él públicamente y con firmeza. Con su conducta se condenaba a sí mismo. Había ocurrido lo siguiente: Estábamos con varios hermanos y hermanas en la comida común. Pedro también estaba. Cuando llegaron algunos de Jerusalén, de parte de Jacobo, el hermano del Señor, de repente se apartó de la comunión de mesa que teníamos con los cristianos de entre las naciones. Porque tenía miedo de esos hermanos de la circuncisión que llegaban, que rechazaban la comunión de mesa con incircuncisos por razones legales y tradicionales. De repente también los demás judíos lo siguieron y dejaron la comunión de mesa para juntarse con él. Incluso mi confidente más cercano y compañero de lucha, Bernabé, un levita, fue arrastrado por esta hipocresía, para mi decepción. Hacían como si no tuvieran comunión de mesa con los cristianos de entre las naciones. Los judíos circuncidados se separaron, por temor a los hombres, de sus hermanos incircuncisos de entre las naciones y **negaron con ello la verdad del evangelio**. Es decir, la verdad de que **Dios acepta a las naciones como su pueblo**, sin circuncisión, sin la ley mosaica y sin las tradiciones judías. Cuando vi que no actuaban conforme a la verdad del evangelio, confronté a Pedro cara a cara y hablé de este escándalo en público. Precisamente en Jerusalén habíamos aclarado de una vez por todas la cuestión de si los discípulos de entre las naciones tenían que guardar la ley de Moisés. No, las naciones no tenían que guardar la ley. Delante de todos los presentes le dije: Tú eres judío y vives como las naciones, al tener aquí comunión de mesa con ellos. Ahora que te apartas de ellos y te juntas con tus hermanos en la fe judíos, obligas a las naciones a vivir según las tradiciones judías. **Ellos tienen que entender tu conducta en el sentido de que hay que vivir como judío para pertenecer al pueblo de Dios.** Ese es tu mensaje sin palabras a los cristianos de entre las naciones. ¡Tu conducta envía una señal! Una equivocada.

La justificación viene para todos solo por la fe en Cristo 2:15-18

Nosotros, Pedro, Pablo, Israel, somos judíos de nacimiento y, por tanto, el pueblo escogido de Dios. No somos pecadores como las naciones, sin ley, sin la elección de Dios. Pero al fin y al cabo eso no nos sirve de nada. El evangelio dice otra cosa. Sabemos bien que el ser humano no es declarado justo por Dios en virtud de obras de la ley o del modo de vida judío. Eso sucede única y exclusivamente por la fe en Jesucristo. También nosotros, igual que las naciones, hemos creído en el Mesías, para ser justificados precisamente por esta fe – y no por obras de la ley como la circuncisión. Solo así pertenecemos al pueblo de Dios. **El evangelio es claro y no admite concesiones: Por cumplir la ley mosaica, es decir, por obras de la ley, ningún ser humano en toda la tierra podrá ser justificado jamás. Ni reconciliado con Dios.** Tampoco en virtud de una piedad judía o farisaica. Nuestra relación con Dios, nuestra unión con él, se restablece y se crea solo por la fe.

Si nosotros, los judíos, lo damos todo por ser justificados en Cristo, entonces está claro que no somos mejores. Tampoco como circuncisos y como los que tienen la ley. Entonces, si somos justificados sin la ley, ¿nos da igual la ley? ¿O es que ya no importa el bien y el mal? ¡En absoluto! Jamás de los jamases.

He abandonado la ley y sus exigencias, sí, he derribado todo el sistema de la ley. Enseguida explico cómo sucedió. Pero si ahora lo volviera a levantar (como ocurrió en Antioquía, cuando llegaron los hermanos de Jerusalén y los cristianos judíos se apartaron de los demás cristianos), entonces sería un transgresor. Despreciaría la ley de Cristo y su evangelio.

El evangelio: la gracia de Dios, el amor de Cristo, su cruz y la fe 2:19-21

Yo, el judío Pablo, he «muerto» por la justa exigencia de la ley. La ley, por así decirlo, me empujó a la muerte. Exigía mi muerte, ya que soy transgresor de la ley. No puedo cumplirla. Y mucho menos en toda su extensión. Por eso «morí». Por así decirlo, he muerto para la ley, para sus exigencias y para su maldición justa y condenatoria. Pero ha ocurrido un milagro, un cambio: ¡Ahora vivo para Dios! Soy libre para vivir para Dios y obedecerle. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo se explica, si todavía estoy vivo y escribo esta carta? La razón es: **Estoy «crucificado» con Cristo**. Es decir, identificado espiritualmente con Cristo en su muerte: Su muerte en la cruz es mi muerte. En la cruz de Cristo terminó mi vieja vida no redimida como transgresor y pecador. **En su muerte** por mí. Eso lo hizo posible Dios. Él me ha aplicado, por así decirlo, la muerte y la resurrección de Jesús como si hubiera sido realmente mi propia crucifixión **y** resurrección.

Ahora vivo para Dios – pero no como el viejo Saulo – ¡es Cristo, el Resucitado, quien vive en mí! **Él es mi nueva existencia.** Él determina mi nuevo ser. Él es la fuerza de mi vida como absuelto y justificado.

Mi existencia en mi cuerpo débil, maltrecho y mortal la vivo en la fe. En la firme confianza en el Hijo de Dios. Solo él se ha ganado mi confianza. **Solo en él apuesto mi vida, porque él me amó. Solo él me amó de forma tan incondicional y se entregó a sí mismo por mí, a mi favor y en mi lugar, hasta la muerte.** Imagínense: a ti y a mí, a todos nosotros, nos amó incondicionalmente al precio de su vida. Sí, murió a causa de nosotros – y por nosotros.

No voy a anular la gracia de Dios, que ya reconocemos en el antiguo pacto y también en la ley. Pero si la justicia que vale delante de Dios, que nos salva y nos regala vida nueva, fuera posible por obras de la ley, entonces Cristo murió en vano. Su terrible muerte en la cruz habría sido en vano. Entonces no habría evangelio. **La gracia de Dios en Cristo es, por tanto, nuestra única oportunidad de cumplir la voluntad de Dios. Aquí la ley revela su impotencia: ¡No puede redimir! Ni siquiera puede ayudarnos a ser redimidos.**

Dios se entrega a los gálatas no judíos (galos) en el Cristo crucificado – no en la ley 3:1-5

Gálatas ingenuos, están como hipnotizados. ¡Como si ya no fueran ustedes mismos! Yo les traje a Jesús, el Salvador. **A él se lo pinté ante sus ojos como el Crucificado – a él, que murió por nosotros. Con su sacrificio lo arregló todo y cubrió nuestro pecado.** No podía traerles nada mejor. Con tanta gracia les salió Dios al encuentro. Y ustedes lo recibieron agradecidos por la fe.

Por eso quiero saber una cosa de ustedes: ¿Cuál fue la razón por la que recibieron el Espíritu de Dios? ¡Recuerden! ¿Fue por sus buenas obras y su fidelidad a la ley? ¿O fue porque creyeron lo que yo les anuncié? No sean tan ingenuos. **Comenzaron el seguimiento de Jesús en la fe por el Espíritu Santo. ¿Y ahora quieren seguir adelante y llegar a la meta con sus propias fuerzas y su fidelidad a la ley?** ¿De verdad quieren recaer en lo carnal, en formas exteriores de religiosidad? ¿Acaso han experimentado en vano el grandioso regalo de la fe y el conocimiento del Mesías? No quiero ni imaginarme que todo, también sus sufrimientos por causa del evangelio, haya sido en vano. Así sería si ahora siguieran adelante con la ley y la circuncisión.

¡Es Dios quien les regala todo! Quien les suministra su Espíritu y hace milagros entre ustedes. Es él quien regala cambios llenos de bendición en su vida, en las familias y en las iglesias. ¿A qué creen que se debe? ¿Acaso a su impresionante piedad? ¿Porque guardan la ley? ¿Porque se dejan circuncidar? ¡Si ustedes ni siquiera eran judíos! ¡Y no tenían nada que ver con la ley cuando creyeron en el evangelio! **Solo su fe en el evangelio, en el Cristo crucificado y resucitado, lo cambió todo. Por ella se les trajo perdón, paz y vida. Por el Espíritu Santo en ustedes.** Eso no ha cambiado ahora. ¡Su legalismo no puede conseguirles la bendición de Dios y anula este conocimiento! Todo sigue siendo un regalo de la gracia de Dios en virtud de su fe.

Abraham fue justificado por la fe – y nosotros somos sus hijos e hijas, solo por la fe 3:6-9

Igual que ustedes, ya Abraham creyó a Dios. Hace mucho tiempo. Venía de las naciones – como ustedes. Es el patriarca de Israel y de los judíos. A él Dios lo justificó en virtud de su fe. ¡Sin ley! Porque todavía no existía. Sin circuncisión. Porque esa vino más tarde. Lo que contaba era la fe. El veredicto de Dios sobre Abraham dice: Abraham es justo, está en la relación correcta conmigo, porque confía en mí incondicionalmente. Así como ustedes fueron transformados en el corazón, así lo vivió también Abraham. ¿De qué se trataba exactamente entonces? Abraham estaba frustrado por no tener descendencia a su avanzada edad. La Escritura relata en Génesis 15:

«Después de estos acontecimientos, la palabra del Señor vino a Abram en una visión: No temas, Abram, yo mismo soy tu escudo; tu recompensa será muy grande. 2 Abram respondió: Señor y Dios, ¿qué me puedes dar? Me voy sin hijos, y el heredero de mi casa es Eliezer de Damasco. 3 Y Abram dijo: Mira, no me has dado descendencia; así que mi esclavo de la casa será mi heredero. 4 Pero mira, la palabra del Señor vino a él: No será él quien te herede, **sino tu propio hijo será tu heredero**.5 Lo llevó fuera y le dijo: ¡Mira al cielo y cuenta las estrellas, si es que puedes contarlas! Y le dijo: **Así de numerosa será tu descendencia.**6 **Y él creyó al Señor, y él se lo contó como justicia.**»

Él confió en Dios incondicionalmente. Dio espacio a la obra de Dios en la historia y, contra toda razón y toda expectativa humana, se dejó caer en los brazos de Dios con una confianza primordial. Creer así es la medida y el modelo. En eso pueden reconocerlo: **Todos los que creen como él son hijos e hijas de Abraham.**

Dios anunció a Abraham en la Escritura que un día las naciones serían justificadas por la fe. Porque le dijo: **En ti serán benditas todas las naciones.**

Por eso, todos los que creen como Abraham serán bendecidos. Entonces ustedes pertenecen a la incontable descendencia de Abraham.

La ley trae la maldición, la fe la absolución – Cristo carga con la maldición en la cruz 3:10-14

En contraste con esto está lo siguiente: Todos los que se vuelven a la ley, todos los que quieren ser justos por la ley, se ponen bajo la **maldición de la ley**. Porque las palabras de Dios son inequívocas: Todo el que no permanece **en todo** lo que está escrito en la ley, y no hace lo que ella exige, es maldito. Hay que guardar cada uno de los mandamientos de la ley. No se puede simplemente escoger un mandamiento.

En virtud de la ley, es decir, en virtud de obras de la ley, nadie es declarado justo. ¡Ni entonces ni hoy! La Sagrada Escritura dice – aunque el Antiguo Testamento con su ley existía desde hacía mucho –: **El justo vivirá por la fe en mí**. Una confianza inquebrantable en Cristo y una fidelidad a Cristo significan que Cristo es mi vida. ¡El justo por la fe vivirá! **¡Vivir en la fe!**

El principio de la ley es y sigue siendo no la fe, sino el hacer, el rendimiento religioso. Dice: el que hace estas cosas vivirá por ellas. **El hombre de la ley tiene que cumplir, no se le regala nada.** La ley no conoce la gracia. ¡Quien se mete con la ley está obligado a cumplirla entera! No hay concesión, no hay mezcla, no hay camino intermedio. La ley y la fe en Cristo no encajan.

Para el hombre de fe vale esto: Pero a nosotros Cristo nos ha redimido por su muerte en la cruz de la maldición mortal de la ley quebrantada. La hemos transgredido y no la hemos cumplido al 100 %, ni de lejos. Solo quedamos libres, y solo podemos vivir, por medio de un intercesor, de un mediador o abogado. Por medio de un justo que interviene por nosotros, que toma sobre sí lo que nosotros merecíamos. Y Jesús hizo lo inconcebible: **¡Se hizo maldición por nosotros!** Porque la Escritura dice en Deuteronomio 21:23: Maldito todo el que cuelga de un madero. En el madero de la cruz, el Mesías moribundo, el inocente y justo, se convirtió en maldición mortal en nuestro lugar. Crucificado hasta la muerte por hombres malvados. ¡Así que hemos sido rescatados al precio de su vida! Esto vale para todos – los judíos y las naciones que intentan ser justos delante de Dios con la ley. También ustedes, gálatas, que se han dejado circuncidar, están liberados de la maldición por Cristo.

El rescate único de la maldición merecida abre el camino a la promesa de Abraham: Por medio del Mesías Jesús, crucificado, resucitado y exaltado, la bendición que se le prometió a Abraham es ahora una realidad tangible para todas las naciones. En Cristo llega a todos los pueblos. Para que todos nosotros, judíos y naciones, recibiéramos la **promesa**: el **Espíritu Santo**. Así lo habían predicho los profetas Isaías, Ezequiel, Joel y Zacarías. El Espíritu de la vida nueva. El Espíritu de poder. Y el Espíritu de libertad que sopla en el Nuevo Mundo de Dios – el aliento de la nueva creación.

La promesa de Dios permanece y supera a la ley mosaica, que no anula las promesas 3:15-18

Hermanos y hermanas, hablo de manera que se pueda entender sin lugar a dudas: Cuando alguien ha hecho un testamento o un pacto que ha adquirido validez legal, no hay nada que pueda declararlo nulo. Ni siquiera una cláusula adicional puede cambiar su validez legal.

Abraham recibió la promesa de Dios. Para su descendencia, eso era como un testamento válido e incontestable. Y me importa señalar que la promesa, en sentido estricto, no se hizo a los muchos descendientes, es decir, solo a los descendientes directos y a los parientes de sangre inmediatos de Abraham, entre los cuales ustedes, gálatas, no se cuentan. No, solo a un descendiente, a una única simiente. A una persona. ¿Y saben quién es? **Es Cristo**. Porque en Isaac ni de lejos se cumplieron todas las promesas.

Con esto quiero decirles: Un testamento que Dios hizo a Abraham no queda anulado por la ley mosaica, que vino 430 años después. No, la promesa, el compromiso de Dios y su promesa de bendición para todos los pueblos, sigue en pie. Si esta herencia que Dios prometió a Abraham viniera de la ley, entonces ya no sería una promesa. Una vez más: Dios se la regaló a Abraham por medio de una promesa. Es únicamente el compromiso de Dios con él.

El sentido, la meta y el fin de la ley 3:19-24

Ahora uno se pregunta con razón qué importancia tiene entonces la ley. ¿Para qué fue dada? ¿Cuál es la utilidad de la Torá? La Torá es una bendición indescriptible para el pueblo de Dios. Porque muestra **cómo es Dios.** Y sobre todo también el bien que él quiere hacer para proteger a su pueblo de los errores de otros pueblos que no conocen a Dios. La Torá era un **escudo protector para su pueblo**. Porque la conducta de su pueblo necesitaba reglas – y sanciones. La Torá hace reconocibles las infracciones de los mandamientos. Advierte. Y sanciona las transgresiones. También muestra claramente, si uno solo quiere verlo, que todos somos transgresores de la voluntad de Dios. Nunca podemos cumplir los mandamientos de Dios plena y totalmente.

Pero fue dada solo por un tiempo limitado – hasta que vino al mundo **el descendiente** a quien estaba destinada la promesa de Dios.

La ley, la Torá, fue dada al pueblo de Israel por disposición de ángeles. Por mediación de Moisés. Muy distinto es el caso de la promesa. Abraham la recibió directamente de Dios. Así como yo recibí mi apostolado y mi evangelio directamente de Dios. Sin mediador. El único Dios verdadero en persona le garantizó a Abraham lo que ahora se ha cumplido en Cristo.

¿Se podría concluir de ello que la ley compite de algún modo con la promesa? No, de ninguna manera. Y si acaso, solo bajo esta condición: Si fuera una ley que realmente pudiera dar vida, entonces la justicia vendría de guardar la ley. Entonces – solo entonces – la ley sería un camino hacia la vida y una alternativa a la promesa incondicional de Dios.

Pero ¿qué se reconoce en la Escritura? Que todos, judíos y naciones, no hacen lo que la ley exige. Quedan desenmascarados como transgresores, entregados al poder del pecado. La pecaminosidad fue sacada a la luz de forma inconfundible por la ley. Así queda claro para todos que necesitan sin falta la promesa. Y que realmente pueden recibirla: es decir, la fe en Jesucristo. **¡Solo a los que creen se les regala la antiquísima promesa!**

Antes de que fuera posible esta fe en Cristo, estábamos, por así decirlo, en la escuela de la ley. Bajo la vigilancia y la protección de la ley. Con el objetivo de poder creer un día. Cuando esta fe se revelara. El camino de la fe pondría

entonces fin, por fin, a nuestro cautiverio y nuestra custodia bajo la ley. La ley se ha convertido, por así decirlo, en nuestro educador: Por un lado nos protegía. Por otro lado, también muestra cuánto necesitamos a Cristo – el Libertador, que nos hace justos por la fe y nos regala una relación reconciliada con Dios.

El Libertador nos hace hijos de Dios por la fe y une a todos sin distinciones en Cristo 3:25-29

Y así ha sucedido, gracias a Dios. Cuando llegó la fe en el Mesías y él entró en nuestra vida, dejamos atrás al educador. El tiempo bajo la ley ha pasado. Su propósito ya se ha cumplido. Todos ustedes ya no son menores de edad ni alumnos bajo el educador. ¡No! **¡Ahora, por la fe, son hijos e hijas de Dios adultos y mayores de edad!** ¡Han llegado a casa! Al corazón del Padre. A sus brazos. Él los protege ahora, ya no el educador, la ley.

Recuerden los primeros días, cuando creyeron. ¿Qué pasó entonces? ¡Fueron bautizados en el Señor Jesucristo! Muchos vieron cómo eran sumergidos en el agua y volvían a salir. Y entonces se **revistieron de Cristo. Como de un vestido.** Él es ahora el contenido de su vida. A él le pertenecen ahora. Ahora se les conoce como cristianos. En su vida se reconoce al Mesías. En cada uno, pero también en ustedes juntos. Enseguida voy a hablar de en qué se reconoce a Cristo en ustedes.

Las órdenes y diferencias pasajeras de este mundo, las fronteras y discriminaciones religiosas, sociales y de la sociedad, las han dejado atrás todas sin excepción. Porque todos ustedes, que en el bautismo se acogieron al Mesías y lo hicieron su Señor, han llegado a ser uno en él. Una unidad en la que ya no hay diferencia entre las personas. Dignidad, sexo, rango, posición, raza, casta o clase ya no tienen importancia en Cristo. En Cristo no hay judío ni griego, ni esclavos ni libres, ni varón y mujer. **Para Dios y en Cristo todos somos uno.**

Así que si están tan unidos a Cristo, el único descendiente de Abraham, entonces de hecho han llegado a ser simiente de Abraham. Y entran en posesión de la herencia prometida, es decir, la bendición de Abraham: la justicia por la fe, la paternidad de Dios y el ser herederos de la nueva creación. Una vez más: No es la circuncisión la que los hace hijos de Abraham – es solo la salvación en Jesucristo.

De la ley a hijos e hijas de Dios: el fin de toda religión 4:1-7

Mientras el heredero es menor de edad y no ha llegado a la mayoría de edad ni es adulto, en la cultura y el orden social de entonces no se diferencia de un esclavo o de un siervo. Y eso aunque él – por así decirlo, en espera – es el heredero y futuro señor de todas las posesiones. Pero hasta que es mayor de edad, está bajo su tutor y administrador. Hasta que llega el momento que el padre ha fijado.

Del mismo modo, también nosotros, los judíos, estábamos sometidos como siervos y esclavos a los elementos del mundo, es decir, a la ley. Sí, presos en ellos. Retenidos en algo que pertenece a este mundo pasajero y caído y que está por debajo de la honra y la dignidad de la filiación, que nos une directamente con el Padre.

Pero entonces llegó el momento fijado por el Padre celestial. Fijado, por así decirlo, «desde arriba»: **Cuando se cumplió el tiempo, Dios nos envió a su Hijo**. Cuando se cumplió lo prometido y el fin del tiempo de la ley estaba cerca. Enviado desde el cielo, renunció a toda gloria. Nacido de una mujer normal. Totalmente hombre. Judío auténtico. Nacido bajo la ley mosaica, que él cumplió por completo. Para rescatar a los que estaban bajo la ley y su tutela y vivían bajo la amenaza de la maldición de muerte. Así los sacó a la plena condición de hijos y herederos. Como en un nuevo éxodo: Lo viejo ha pasado. Ha llegado lo nuevo. Ahora por fin somos hijos e hijas de Dios. Adoptados. De niños menores de edad bajo la protección de la ley mosaica hemos pasado a ser hijos e hijas adultos y libres del Padre. Su intervención lo hizo posible. El Hijo se hizo hombre para que nosotros, los seres humanos, llegáramos a ser hijos e hijas del Padre.

Porque ahora todos ustedes son hijos e hijas del Eterno, él ha enviado el Espíritu de su Hijo a sus corazones. Nos ha dado el lugar de su Hijo, sí, junto a Jesús. Este Espíritu clama y ora y suplica junto con nuestro espíritu. Desde nuestro corazón, desde lo más íntimo de nosotros. De todo nuestro ser brotan las palabras inconcebibles que solo los verdaderos hijos de Dios pueden decir: **¡Abba, querido Padre!** Este Espíritu, Cristo en nosotros, transforma nuestros

corazones hacia una profunda confianza en Dios. Precisamente cuando lo esperamos todo de él, agradamos a nuestro Padre. Igual que Jesús, que oró estas palabras en gran angustia.

Por eso presten atención y caigan en la cuenta de quiénes han llegado a ser por gracia y por fe: Ya no son siervos menores de edad de la ley mosaica. ¡Son hijos e hijas de Dios! Y con ello herederos junto con Abraham. Por medio del Mesías, nuestro Señor Jesús. Ahora han llegado allí donde el Padre siempre quiso tenerlos.

¿Quieren volver a ser esclavos? ¡Ponen en juego la libertad y lo arriesgan todo! 4:8-11

Recuerden por un momento el tiempo en que no conocían a este Dios Padre. Se habían sometido a los ídolos. Pensaban que eran dioses. Pero no eran nada. Estaban hechos a mano. Ahora han conocido al único Dios, verdadero y vivo. Sí, es él quien los conoció primero a ustedes. Y los llamó a sí y los aceptó como sus hijos y herederos. Tanto más la pregunta: ¿Cómo pueden querer volver justamente ahora a la vida vieja con sus elementos pobres y débiles y sus ideas religiosas? Allí no pueden ser hijos e hijas y herederos espiritualmente adultos. ¿De verdad quieren seguir de nuevo estas ideas y las costumbres religiosas que terminaron en Jesús? Ahora se atienen a ciertos días festivos, a meses, tiempos de fiesta y años. Aunque ustedes ni siquiera son judíos. Con temor orientan su vida según el calendario de fiestas judío. Pero así se vive como menor de edad. Como niños pequeños, no adultos. Nada de eso se lo traje yo. **Ese no es el mensaje del evangelio, que los hace hijos e hijas adultos de Dios.** Herederos de la promesa. Tengo mucho miedo de que todo mi esfuerzo con ustedes haya sido en vano.

¿Cómo pudo pasar esto después de aquel encuentro? 4:12-20

Queridos hermanos y hermanas, nosotros nos entendemos bien. Se lo ruego, por amor de Jesús nos pertenecemos unos a otros. ¿Recuerdan cómo llegué a ustedes? Estaba en mal estado físico. Estaba bastante acabado. Tras una larga marcha a pie por los montes Tauro, estaba completamente agotado. En ese estado lamentable les anuncié el evangelio, la buena noticia. ¿Y ustedes? Ustedes no me despreciaron por ello ni escupieron al suelo por asco de mí. Eso es lo que se habría podido esperar. Sino que me recibieron como si fuera un ángel de Dios. Más aún, como si fuera Jesucristo en persona.

Ustedes estaban tan felices por ello. **Entonces estaban sorprendidos y desbordados de alegría. Pero ¿dónde ha quedado?** Estaban tan conmovidos que se habrían sacado los ojos para dármelos.

¿De verdad creen que de repente me he vuelto su enemigo porque ahora los critico y les escribo la verdad? Esas personas que les predican la circuncisión para que lleguen a ser hijos e hijas de Dios no tienen buenas intenciones. Quieren hacerlos dependientes de ellos. No de Cristo. Ustedes deben ser su trofeo. Deben considerarme a mí, a Pablo, como enemigo. Y por ellos, en cambio, deben esforzarse con celo. Sí, es ejemplar esforzarse por el bien. Su celo se muestra también en mi ausencia. ¿O es que entonces se pasan al otro bando? ¡Vivan siempre como hijos e hijas mayores de edad de Dios en la libertad del evangelio! ¡También frente a esas personas!

Hijos míos, siento como si tuviera que darlos a luz una segunda vez con dolorosos dolores de parto. **Para que Cristo nazca en ustedes**. Así fue también cuando estuve con ustedes la primera vez. Solo Cristo – y no la circuncisión ni la ley ni formas religiosas – debe tomar forma en su corazón y en su vida. ¡Si tuvieron un comienzo tan bueno! ¡Qué no daría yo por estar ahora otra vez con ustedes! Y ganarlos de nuevo, cara a cara y con las palabras adecuadas, para Cristo y su libertad. Una carta a veces suena dura e impersonal. Estoy bastante perplejo ante su recaída en la servidumbre de la religiosidad.

Dos mujeres e hijos de Abraham; dos pactos, dos montes y dos veces Jerusalén 4:21-31

Ustedes, gálatas, que quieren vivir bajo la ley como los judíos – aunque no lo son –, ¿no oyen la ley? Moisés relata en el primer libro un episodio de Abraham que muestra muy bien en qué se han metido. Abraham tuvo dos hijos. Uno lo tuvo de su esclava. El otro de su esposa, que no era esclava, sino libre. El hijo de la esclava había sido engendrado sin fe, con fuerza y esfuerzo humanos. El otro vino al mundo – en contra de toda expectativa o posibilidad humana – por la promesa y el compromiso de Dios. Las dos mujeres tienen para nosotros un sentido figurado, tipológico. Compárenlas. Cada una de las dos mujeres representa un pacto que se concluyó oficialmente. Uno, el del **monte Sinaí**, donde se nace en la esclavitud de la ley. Eso lo representa la esclava **Agar**. El monte de la entrega de la ley en Arabia. Corresponde a la **Jerusalén** actual y representa al pueblo de Israel. Esta Jerusalén, donde el Mesías fue crucificado, está con sus hijos en la esclavitud de la ley mosaica.

Pero hay otra Jerusalén – la de arriba, la **Jerusalén celestial**. Esta ciudad celestial es la esencia de todo lo que viene de arriba, es decir, Cristo, el Espíritu, su reino y la presencia visible de Dios en el Nuevo Mundo. Esta Jerusalén es libre, como la esposa de Abraham. Ella es nuestra madre. Así lo dijo ya el gran profeta Isaías en el capítulo 54: «Alégrate, estéril, tú que nunca diste a luz un hijo; ¡prorrumpe en júbilo y grita de alegría, tú que nunca llegaste a ser madre! Porque los hijos de la solitaria serán más numerosos que los hijos de la mujer que tiene marido.»

¡Cristianos de Galacia, todos ustedes son, como Isaac, hijos de la promesa! Nacidos para la libertad, para ser herederos.

Entonces, el nacido de forma natural, Ismael, perseguía al nacido según el Espíritu. Y así lo vivo yo constantemente. Son los judíos los que instigan persecuciones. Porque rechazan al Mesías crucificado, que vino también para las naciones.

Pero ¿qué dice la Escritura sobre esta situación? No hubo concesión. Y así debe ser hoy: ¡Echa del campamento a la esclava y a su hijo! Expúlsalos. Porque el hijo de la esclava no heredará junto con el hijo de la libre, Sara.

Ismael representa una relación con Dios que se basa en la sumisión y en el propio rendimiento. Isaac representa la relación viva de la filiación, el núcleo del evangelio, que nos ha hecho hijos e hijas del Padre que ama.

Resumo, queridos hermanos y hermanas: No somos hijos de la esclava, sino hijos de la libre. Dense cuenta de lo que eso significa para ustedes y de lo decisiva que es la diferencia.

O lo uno o lo otro: toda la ley o Cristo, la gracia y la libertad 5:1-12

Cristo vino por nosotros. Trajo libertad. Vino para hacernos libres. Y lo hizo. Permanezcan en esta **libertad de Cristo**. No se dejen arrastrar de nuevo a la esclavitud. Resistan y manténganse firmes. Yo, Pablo, les digo: Si se dejan circuncidar, Cristo no les servirá de nada. Cristo y su liberación no tienen nada que ver con la ley que ustedes quieren cumplir. No les ayuda, es más, no puede ayudarles, si quieren practicar la ley. Por cierto, si se dejan circuncidar para llegar a ser hijos y herederos, entonces tienen que guardar **toda** la ley. Entonces la circuncisión no basta ni de lejos. A la circuncisión le corresponde una vida bajo toda la ley. No se dejen engañar. No hay un legalismo barato. ¡La ley exige más que la circuncisión!

¿Saben hasta dónde llega esto? Su unión con Cristo, el Mesías, queda cortada y separada si quieren ser justificados por la ley. Entonces **han caído de la gracia de Dios**. Como de un bote salvavidas. La gracia que los salvó y los hizo justos, en la que vivimos, ya no vale entonces para ustedes. Pero ¿por qué no les basta su gracia gratuita? ¿Por qué quieren apoyarse en ustedes mismos?

¡Si nosotros hemos recibido el Espíritu de Dios, que libera e ilumina! Por su poder creemos. Por él aguardamos la esperanza de la justicia. Esa es la consumación de la salvación. Miramos con alegría hacia el día en que todo se manifieste y nuestra justificación, toda la salvación en Jesús, se haga visible. Por eso a todos debería quedarles claro: En el Mesías no hay diferencia entre estar circuncidado o no. Para los seguidores de Cristo ni la circuncisión ni la incircuncisión significan nada. No hay nada en ello que agrade a Dios. Solo cuenta la fe, la relación salvadora con Jesús. Solo la confianza incondicional en lo que Dios hizo y hace hoy en Cristo nos pone en la relación correcta con Dios. ¿Y cómo se hace visible esta fe? Por el amor activo y desinteresado de unos por otros. En eso pueden reconocer la fe que los hace justos e hijos de Dios.

Empezaron tan bien e iban tan bien encaminados en la fe. ¿Quién los ha detenido ahora y les ha puesto freno para que no sigan la verdad del evangelio? Esta persuasión no viene de aquel que los llama a la fe. Hay una comparación

muy gráfica para su situación, si prestan oído a estos maestros de la ley: Un poco de levadura leuda toda la masa.

Confío en ustedes en el Señor Jesucristo, que lo verán de la misma manera. Los que los confunden y los empujan al legalismo tendrán que rendir cuentas de sus actos en el juicio de Dios. Y recibir su sentencia. No saldrán impunes como si no hubiera pasado nada.

Si de verdad, como se afirma en mi ausencia, yo predicara la circuncisión, ¿por qué me siguen persiguiendo los judíos? ¡Piénsenlo un momento! Entonces el tropiezo y el escándalo de la cruz que yo anuncio ya no serían motivo para perseguirme. No, yo no predico ni exijo la circuncisión. Eso jamás se me ocurriría.

Por mí, los que los inquietan pueden de paso hacerse castrar. Entonces, según la ley (Deuteronomio 23:1), ya no pertenecerían en absoluto a Israel, al pueblo de Dios.

Vivan en la libertad desinteresada y en el fruto del Espíritu de Dios 5:13-24

Lo digo una vez más: Hermanos y hermanas, ustedes han sido llamados a la libertad. ¡Tanto de la esclavitud del egoísmo y de la idolatría como de la de la ley mosaica! **Su libertad es la voluntad de Dios**.

Pero no entiendan mal esta libertad, como si ahora por fin pudieran realizarse en el egoísmo a costa de otros. O imponerse sin consideración hacia el prójimo. Porque la libertad consiste en que ahora son libres para servirse unos a otros en el amor. Entonces incluso cumplirían lo esencial y lo más importante de la ley mosaica. **Porque esta se cumple en una sola palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.**

Si el mandamiento de la circuncisión les importa más que aquello a lo que la ley realmente da valor, entonces tengan cuidado de no despedazarse y devorarse unos a otros. Con todas sus disputas entre ustedes, también entre circuncisos e incircuncisos, eso podría ocurrir.

Vivan en la libertad y en el poder del Espíritu Santo. Lo recibieron, al fin y al cabo, por su fe. Él les ayuda a no seguir, en su trato mutuo, los deseos de su vida antigua, cuando no conocían a Cristo. El Espíritu de Dios, sí, la presencia personal de Dios, ha entrado en su vida y vence la conducta vieja, carnal, natural y pecaminosa. La circuncisión no les ayuda a despojarse de su conducta no redimida. Se trata, en todo caso, de la **circuncisión de su corazón**. Esa sí es importante y sucede por el Espíritu de Dios.

La naturaleza vieja, carnal y pecaminosa no quiere dar lugar al Espíritu de Dios en ustedes. Quiere realizarse e imponerse a sí misma. Pero el Espíritu de Dios en nosotros ha aceptado la lucha y quiere producir en nosotros el carácter de Cristo. Así que sean conscientes de que el conflicto entre el «**Espíritu y la carne**», entre la vida vieja y la nueva, es parte de su vida. Hasta el final. En ustedes personalmente, pero también y sobre todo entre ustedes. Cada lado quiere impedir que actúen como el otro lado quiere. Así que no se abandonen, no sigan sus inclinaciones pecaminosas, sino presten atención a lo que Dios quiere obrar en ustedes.

Si son motivados e inspirados por el Espíritu de Dios, si él tiene la dirección y el dominio sobre su vida, entonces no están bajo la ley. Entonces viven como hijos e hijas libres de Dios por la fe – en comunión con ABBA, su Padre.

Las obras de la carne

Para que entiendan de verdad lo que quiero decir con «carne», sus deseos e inclinaciones, enumero ahora algunas obras de la carne. Ni de lejos son todas. Los dañan y los destruyen a ustedes, a sus iglesias y sus relaciones con todas las personas. Examinen su propia vida, a ver si allí se han vuelto costumbre obras del egoísmo. Y si las toleran y se excusan a sí mismos con indulgencia. Más bien échenlas de su vida, pónganles fin, renuncien a ellas y llévenlas a la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Primero menciono los pecados sexuales. Están muy extendidos. Cuando se viven sin freno y sin medida, su efecto destructivo ataca a todas las personas, hombres y mujeres, jóvenes y mayores, que se entregan a una sexualidad desenfrenada. Sea en pensamientos, en actitudes o en hechos. Ahora en detalle:

Fornicación: (en griego **porneia**) – inmoralidad sexual, **cualquier** actividad sexual fuera del matrimonio, infidelidad al propio cónyuge.

Inmundicia: lo perverso, lo sucio; prácticas desvergonzadas en el ámbito sexual, dentro o fuera del matrimonio; por ejemplo, rebajar a la mujer a mero objeto de placer.

Lascivia: desmesura, desenfreno y abuso sexual.

Idolatría: adoración de lo creado en lugar del Creador. Todo lo que desplaza a Dios y su voluntad del primer lugar de la vida. Contra eso advierte el primero de los Diez Mandamientos. Culto a los ídolos, del que los gálatas habían sido liberados.

Hierbas mágicas: (en griego pharmakeia) consumo de drogas que alteran la conciencia en el ámbito de la magia, la brujería, el ocultismo y el espiritismo. El consumo de drogas para sobrellevar la vida, como huida de la realidad, con todas sus consecuencias dañinas para la salud y destructoras de la vida.

Enemistad: rechazo y odio hacia personas y grupos étnicos.

Pleitos: discordia, riñas, espíritu pendenciero.

Celos: una forma de envidia, conductas egoístas y centradas en la propia ventaja, sospechas y miedos marcados a perder algo.

Ira: violentos arrebatos de furia, ataques desenfrenados contra personas y cosas, a menudo por pequeñeces.

Contiendas: inclinación maliciosa a las disputas y a las intrigas.

Disensiones: pérdida de la unidad. Como consecuencia: dispersión, rupturas, desavenencias.

Partidismo y sectas: pensamiento sectario, defensa y énfasis exagerado de doctrinas particulares o de exigencias legalistas, formación de grupos exclusivistas, estrechos y que se encierran en sí mismos.

Envidia: costumbre de no desearle nada bueno al otro y preferir poseerlo uno mismo.

Homicidio: el peor ataque contra el territorio soberano de Dios, que creó al ser humano.

Borracheras: consumo excesivo de alcohol, estados de embriaguez.

Orgías: estilo de vida pecaminoso con borracheras y comilonas, glotonería, desenfreno.

Etc.

Queridos gálatas, ya lo he dicho y repito mi advertencia: Los que en las iglesias, también entre ustedes, hacen tales cosas por costumbre y no quieren reconocer que son pecados, **no tendrán herencia** en **el reino eterno de Dios**. Entonces tampoco tiene ningún sentido pensar que estar circuncidado me asegurará la herencia eterna. ¡El camino de la «carne» nunca termina en el reino de Dios!

El fruto del Espíritu

Muy distinto es lo que Dios, el Espíritu Santo, quiere producir en ustedes. Su propio carácter debe hacerse visible en ustedes. Así que decídanse por una vida que dé buen fruto, que solo crece por el Espíritu en la fe:

1. Amor: el amor de Dios dispuesto al sacrificio, que no es un sentimiento, sino una decisión de la voluntad. Sin el amor a Dios y a las personas, también en la vida cristiana todo carece de valor (1 Corintios 13). Amamos porque él nos amó primero. Y así cumplimos también la ley mosaica. El santo amor de Dios es lo más grande y lo más importante que existe, y por eso lo menciono primero.

2. Gozo: un gozo auténtico, profundo, robusto, por lo que Dios es para nosotros y lo que ha hecho en nosotros y en otros, lo que hace ahora y lo que hará según su promesa; un gozo que también se vive en común y que no depende de las circunstancias externas (pobreza, persecución, enfermedad, sufrimiento).

3. Paz: (en hebreo shalom) no solo ausencia de conflicto, sino reconciliación, convivencia cordial, vínculo, plenitud, acercarse unos a otros.

4. Paciencia: paciencia y magnanimidad en el trato con los demás; disposición constante a soportar a las personas y las circunstancias; el amor en su lado pasivo, pero perseverante. No hay que tirar de la hierba para que crezca.

5. Benignidad: una actitud benévola, siempre servicial y comprensiva, un carácter apacible, generosidad; el lado activo del amor.

6. Bondad: la bondad cordial, parecida a la benignidad; dar al otro lo que es justo y bueno; hacer el bien.

7. Fidelidad: (fe) – lealtad; la virtud de la confiabilidad, la sinceridad, la imitación de Dios, que siempre mantiene su palabra y es fiel a sus promesas.

8. Mansedumbre: suavidad, lo contrario del egoísmo, de las exigencias excesivas y de la sobreestimación de uno mismo; humildad respecto a uno mismo, consciente de sus debilidades y de su pecado, compasión con los problemas y las debilidades de los demás.

9. Templanza: dominio propio, autodisciplina y autocontrol, equilibrio, vivir con medida y mesura.

Si estas cosas se encuentran en ustedes, pueden estar seguros de que no transgreden ninguna ley. Nada de este fruto está prohibido. Al contrario: Estos rasgos de carácter la ley ni los exige ni los produce. **Todos estos frutos, el único fruto, se resumen en una sola palabra: Jesucristo**. Él vive en ustedes por su Espíritu. Así que entréguenle solo a él su vida.

Los que pertenecen a Jesucristo, los que confían en él, hicieron algo decisivo cuando llegaron a la fe: Llevaron su vida antigua, la carne con sus pasiones pecaminosas y sus deseos destructivos, a la **cruz de Jesucristo**. Se apartaron conscientemente de su vida vieja y pecaminosa y se volvieron hacia la cruz, hacia Jesucristo. Esta vida vieja solo merecía la cruz. En la muerte de Jesús en nuestro lugar fue condenada y, con ello, terminada. Ha muerto en la muerte de Jesús. Ustedes han aceptado para sí esta sentencia de muerte de la cruz. Vivir desde la vieja naturaleza y para la vieja naturaleza (la carne) es para ustedes cosa del pasado.

Sembrar para el Espíritu: estar el uno para el otro, vivir el amor, ser generosos, no ser engreídos 5:25-6:10

El Espíritu de Dios nos ha regalado vida nueva. Nos ha hecho una nueva creación. Nuestro ser es nuevo. Está en la mano de Dios. Así que vivan también ahora en consecuencia. ¡Sigan al Espíritu! ¡Su huella! Juntos, en unidad unos con otros. **Vivan ya ahora la vida del futuro, aquí y ahora.**

Dejemos de buscar unos de otros y ante otros la gloria vana y la honra. ¡Dejemos por fin de provocarnos y de desafiarnos unos a otros! ¡Dejemos de envidiarnos unos a otros! ¡Todo eso ya encontró su fin en la cruz!

Queridos hermanos y hermanas, cualquiera puede dar un **paso en falso** y tropezar. Cualquiera puede ser sorprendido por un pecado o una transgresión. Cualquiera puede alguna vez seguir con afán una visión equivocada de lo que se supone que es piadoso o temeroso de Dios. Pero ustedes, los espirituales, que viven la vida del Espíritu y ven tropezar a su prójimo, ayúdenlos a levantarse. Restaurándolos y corrigiéndolos. Señálenles su paso en falso. Precisamente cuando ellos mismos no lo notan. Ayúdenlos a volver a la huella del Espíritu. Pero con mansedumbre, con cuidado, no como críticos condescendientes o arrogantes. A todos ustedes les puede pasar lo mismo. ¡Estén atentos! Están expuestos a las mismas tentaciones y también en peligro de caer y tropezar. Examínense a sí mismos con autocrítica en vista de sus propios pecados y errores. Seguramente no hay nadie a quien no le haya pasado algo así. **¡Precisamente entonces nos necesitamos unos a otros!**

Llevemos las cargas los unos de los otros, así como Cristo llevó de buena gana la cruz y nuestros pecados. La carga de nuestra debilidad y de nuestra constante propensión a la tentación. La iglesia es también una reunión de personas que todavía pecan. Y que está constantemente amenazada por el pecado. También hay cargas en las que deben apoyarse y ayudar a llevar: enfermedad, dificultades económicas, persecución, soledad, miedo, desesperación, agotamiento y mucho más.

De esta manera cumplen la ley. **¡La ley de Cristo!** La pasividad, el desinterés por el prójimo y la inactividad no vienen del Espíritu de Dios. Decir «no tengo tiempo», «no me interesa» o «no tiene sentido» o «eso no tiene remedio», etc., no

es una opción en el orden de marcha del Espíritu. ¡A pesar de los errores y los pecados, seguiremos amándonos! Nuestra fe obra y se demuestra precisamente en el amor activo.

Si alguien cree que es algo especial, o que no tiene faltas, o que no necesita al otro, se engaña a sí mismo. Por eso cada uno debe examinarse a sí mismo y ver lo que logra. **Y eso delante de Dios.** No comparándose con otros. Dios es la única medida, él conoce nuestros corazones. Esa es la mejor protección contra el autoengaño o la soberbia. Entonces uno puede gloriarse de sus obras, si es que entonces todavía quiere hacerlo. Cada uno será responsable de sí mismo aquel día en que estemos delante de Dios.

Cada uno tiene su tarea y su deber en la iglesia, que no se pueden simplemente pasar a otro. **¡La vida en el Espíritu es siempre una vida en comunión!**

Siembra y cosecha

Apoyen a los que les dan buena instrucción y enseñanza. No solo con palabras, sino con hechos y con medios económicos. No se extrañen de que no pueda haber una enseñanza intensa y buena en el evangelio si ustedes, que reciben lo espiritual, no están dispuestos también a devolver lo material. **¡Apoyen a sus maestros, líderes y pastores!**

No crean de ningún modo que da igual cómo se comportan entre ustedes. No se engañen, a Dios no le pueden tomar el pelo. Para todos vale el **principio natural de la siembra y la cosecha**. **Lo que el hombre siembra, eso cosechará un día.** Nuestros actos, nuestro pensar y nuestra conducta siempre tienen consecuencias. Un día nos encontraremos con ellas. Tan seguro como que de la semilla en la tierra algo crece y brota. Quien siembra en el campo de su vida lo viejo, lo no redimido, cosechará **corrupción**. Acabo de escribirles a qué obras de la carne me refiero, que no se pueden hacer sin consecuencias. Quien invierte su vida y sus recursos, su tiempo de vida, su energía y su dinero para sí mismo en los innumerables placeres y distracciones de la vida, un día hará balance y verá que todo eso se hunde.

Pero quien siembra el Espíritu en el campo de su vida cosechará de Dios y de su Espíritu **vida eterna**. Muy pronto, en la nueva creación de Dios, su reino eterno. Por eso hagamos el bien – no es en vano. No nos cansemos, porque llegará el tiempo de la cosecha. Nos espera una gran fiesta de la cosecha. Una que nunca terminará. Pero no debemos dejar de hacer el bien. Tampoco cuando parece en vano y no hay un eco agradecido inmediato. Por eso, mientras todavía tengamos tiempo y oportunidades, hagamos el bien a **todas las personas**. Salgamos al encuentro de todos los necesitados con el corazón de Dios y las manos abiertas, y bendigámoslos. Empiecen en la iglesia de los creyentes, en la que están unidos con sus hermanos y hermanas en Cristo. Allí pueden sembrar cada día para el Espíritu.

La intervención de Dios: la cruz del Gólgota marca la diferencia y es a la vez fin y comienzo 6:11-18

Les escribo de mi puño y letra al final de mi carta, que hasta aquí he dictado a un querido hermano que escribe bien. Lo notan por la letra más grande. Resumo en pocas palabras y voy al grano de lo que les he explicado con detalle.

Los que los presionan para la absurda circuncisión solo quieren quedar bien y cumplir con éxito su misión obstinada. Si lo consiguen, no tienen que temer, a causa de la cruz de Cristo, ninguna persecución de parte de sus compatriotas judíos. **Para ellos la circuncisión es más importante que la cruz de Cristo. Su objetivo es que ustedes se hagan judíos.**

Pero estos falsos misioneros, que están circuncidados, ni ellos mismos guardan la ley. Buscan la gloria de poder jactarse de la circuncisión de ustedes. Como si quisieran levantar en alto una cabellera arrancada y celebrar su victoria.

Pero para mí, Pablo, solo es deseable la **gloria de la cruz**. La cruz tacha toda ansia humana de reconocimiento. La fama y la honra ante los hombres y de parte de los hombres no me interesan. La cruz de nuestro Señor Jesucristo es nuestra única esperanza – sí, el centro, la roca sobre la que estamos. Para mí esto significa: ¡Se acabó el mundo! Se acabaron sus elementos religiosos y legalistas y sus formas de vida idólatras. También la mía, la que tuve en otro tiempo en el judaísmo. Allí nació un mundo nuevo. ¡La vida, no la muerte, es la meta y la esperanza de la cruz! El madero de la maldición se convierte para nosotros en un árbol de la vida.

Y yo mismo he muerto en esa cruz para este mundo viejo, que se hunde. Ya no pertenezco a él. Ya no puede darme nada. Ya no puede exigir nada. **¡Con la cruz no hay vuelta atrás!**

Estar circuncidado o no, eso pertenece al pasado por la cruz. La cruz es el comienzo de una nueva creación. No lo que los hombres tienen que hacer, sino lo que Dios hizo y creó. Un nuevo ser y un nuevo descanso en Cristo. La nueva era ha comenzado. Ahora solo cuentan **la fe, la gracia y la ley liberadora de Cristo**.

Todos los que viven conforme a esta medida de la **nueva creación** están bajo la bendición de Dios, bajo su paz y su misericordia. Ellos son el verdadero

Israel de Dios. Sí, el nuevo Israel de Dios, hijos de Abraham por la fe. La circuncisión los une con la Jerusalén antigua, que está en esclavitud, con Israel bajo la ley.

¡Por favor, no me causen más fatigas con sus escapadas de vuelta al judaísmo! Llevo en mi cuerpo las marcas de la persecución. Como Jesús las de su cruz. Mis cicatrices hablan un lenguaje claro. El de la cruz que yo anuncio.

Que la **gracia de nuestro Señor y Salvador Jesucristo** esté presente cada día en sus pensamientos. **Edifiquen sobre ella, esperen en ella, vivan de ella.**

Amén.

Para terminar

Espero de corazón que, al leer, usted haya sentido cómo Dios le habla. Cómo anima, enseña, pero también advierte contra todo lo que no viene de él y que por eso nos hace daño.

Dele gracias por todo lo bueno que ha dicho sobre usted y también directamente a usted.

Si tiene preguntas, escríbanos: hj-ronsdorf@t-online.de

Encontrará otros textos del Nuevo Testamento en www.hans-joerg-ronsdorf.de.

Aquí van algunos consejos importantes:

Lea la Biblia. Si es posible, con regularidad.

Lea la Biblia junto con otras personas – y conversen sobre ella.

Ore para que Dios le haga viva su Palabra – como si él le hablara directamente a usted.

Lea el texto en voz alta y dos veces seguidas.

Hágale al texto las siguientes preguntas:

¿Qué título le daría usted a este texto?

¿Qué dice el texto sobre Dios y sobre Jesús?

¿Qué dice el texto sobre las personas?

¿Qué aprendemos del texto?

¿Qué debemos hacer?

¿Cómo nos anima la Palabra?

Cuando vuelvan a reunirse, hablen de sus experiencias y vivencias.

Busque el contacto y la comunión con cristianos que aman y honran a Jesucristo y que valoran, leen y toman en serio la Biblia.